

***Hablando con el diablo. Entrevistas con dictadores* (2015).
Riccardo Orizio. Editorial Turner, Madrid.**

**Por Orazio Potestá
(Universidad de Lima)**

Hace más de una década, el cronista italiano Riccardo Orizio (1961) se propuso el reto de entrevistar a los dictadores más temidos de la segunda mitad del siglo xx en el mundo, viajando por varios continentes para rastrearlos y encontrarlos en sus escondites o casas, ahora más discretas que las mansiones palaciegas que antes habitaban. Eran ahora hombres vulnerables y olvidados tras perder el poder real. Si es verdad que las crónicas que rasgan y perduran son aquellas que ejemplifican la decadencia humana, Orizio lo confirma.

Este esfuerzo se concentró en un libro de crónicas llamado *Hablando con el diablo: Entrevistas con dictadores*, publicado con el sello de Turner/Fondo de Cultura Económica y cuya primera edición corresponde al 2002.

El libro es muy particular porque se centra en personajes como Idi Amín Dada, el desequilibrado tirano de Uganda, y en el no menos insano Jean-Bédél Bokassa, reyezuelo de la República Centrafricana, ambos acusados de canibalismo contra sus enemigos políticos. También en Jean-Claude Duvalier, el temido *Babe Doc* haitiano, y en Slobodan Milosevic, el monstruo de los Balcanes. No pasa desapercibido Hailé Mariam Mengistu, el demonio negro de Etiopía, y tampoco Wojciech Jaruzelski, el todopoderoso opresor polaco, entre otros. Una curiosidad es la educada carta que Manuel Antonio Noriega, el matón panameño amigo de Vladimiro Montesinos, le escribió a Orizio para disculparse por no haberlo recibido en una cárcel de Estados Unidos porque “Dios no había terminado aún de escribir el último capítulo de su vida”.

La obra llegó a las librerías del Perú hace un año, con la fama de ser referenciada en algunas escuelas de periodismo norteamericanas. Hoy mismo, algunos profesores de la Facultad de Comunicación de la Universidad de Lima lo utilizan en los módulos que dictan sobre crónicas y perfiles, como ejemplo de abordaje a personajes complejos. Y también por mostrar que una crónica puede edificarse de afuera

hacia adentro, con datos vivenciales y contextuales, sin tener al personaje a tiro de piedra.

Un ejemplo es lo que Orizio afrontó con el huidizo Amín. Lo persiguió por toda Arabia Saudita y lo tuvo al frente apenas un par de minutos, muy frustrantes porque Amín se le escapó en un parpadeo. Luego pudo entrevistarle brevemente por teléfono, con la dificultad de no utilizar ni percibir lo paralingüístico. A partir de esta experiencia, Orizio enseña que un cronista con oficio podría necesitar escuchar solamente los ronquidos de un personaje para escribir un texto que rompa el vidrio.

Lo que Orizio hace con sus crónicas es presentar aquello que los psicoanalistas llaman *ruptura existencial*, y que en los dictadores se evidencia cada vez que pasan del poder absoluto y mesiánico a la decadencia del olvido sin adulones ni tropas que comandar. Según los hallazgos de Orizio, muchos están deprimidos y lo niegan, o visten ropas zurcidas y descoloridas que creen lujosas y únicas. Cínicamente rechazan ser responsables de genocidios en sus países, y culpan de todo a la desinformación de las potencias americanas y europeas. Aun con características disímiles, manejan la constante del estado místico: la mayoría viste de blanco como señal de pureza y dice estar en paz con Dios. Sueñan con que son evocados por sus pueblos y hacen planes para volver a dirigirlos. Se muestran generosos y solidarios con la gente que los trata en el destierro, y por eso todos se rehúsan a creer que el mundo los considera autócratas inmisericordes.

Bokassa le dice a Orizio: “Cuando me hallaba encerrado en una celda aquí, en África Central, esperando primero mi ejecución y luego la cadena perpetua, un misionero italiano, fray Angelino, vino a verme a la cárcel y me regaló una Biblia. Nos hicimos amigos. Durante siete años y medio fue el único libro que leí. Me hizo comprender que mi penosa estancia en la cárcel era también por la gracia de Dios. Hoy me han absuelto de la cadena perpetua. Soy libre y pobre, y no poseo nada: ni un metro cuadrado de tierra ni un diamante. Tampoco deseo nada. Pero sigo siendo un apóstol, como Pedro y Pablo”.

En declaraciones al diario *Página 12* de Argentina, Orizio dijo que prefiere a los tiranos caídos en desgracia, porque los que aún se encuentran de pie tienden a “no hacer un examen de conciencia”. Ubica entre ellos a Pinochet y a Suharto, así como al paraguayo Alfredo Stroessner, quienes siempre se mantuvieron soberbios e infalibles, rodeados de riqueza e impunidad, pese a perder el poder y sus gollerías.

Orizio agrega: “Los tiranos de este libro, en cambio, no tienen el consuelo del dinero ni de la impunidad. De los dos caníbales antes citados, el megalómano Bokassa murió en la pobreza. Idi Amín Dada se encuentra perfectamente bien de salud, pero su mayor lujo es poder acudir al gimnasio de un hotel en Yida. Durante cierto tiempo, Jean-Claude Duvalier no tuvo ni siquiera dinero para pagar los recibos de su casa. A veces se consuelan declarando que los países de los que huyeron se encuentran en la actualidad en condiciones peores que cuando ellos detentaron el poder”.

El libro *Hablando con el diablo: Entrevistas con dictadores* de Riccardo Orizio no desmenuza ni explica el proceso que convierte en monstruos a ciertos gobernantes. No obstante, sería injusto demandárselo. Es ese indescifrable agujero negro en la conducta humana lo que hace tremendamente interesantes a los personajes de esta obra: antes poderosos y retorcidos, ahora derrotados e insignificantes.